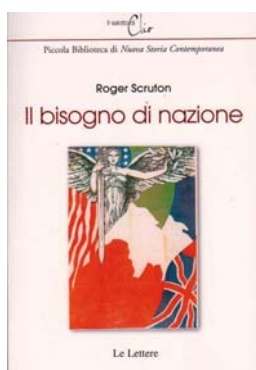


Il bisogno di nazione



Scruton Roger
Lugar: Firenze
Editorial: Le Lettere
Páginas: 96
ISBN: 9788860874771
2012

Nación y nacionalismo en la sociedad contemporánea

«Lo que habéis heredado de vuestros antepasados,
ganadlo, de modo tal de poder poseerlo».
Goethe, *Faust*¹

Iniciemos *in medias res* con una cita inicial del libro reseñado:²

Una omisión inquietante, provocada por la autocensura y la intimidación, envolvió hasta ahora la cuestión más grave que Europa debe afrontar. Es la célebre pregunta del poeta latino, Terencio Afro: «*Quis custodiet illos custodes?*»: ¿Quién custodia a los custodios? (18)

Es, en definitiva, la cuestión nacional, de la legitimidad política y de la soberanía el eje del libro de Roger Scruton, *La necesidad de nación*.³

¹ Citado por Scruton como epígrafe de la obra. Se copia traduciendo del original en alemán.

² Traducción de la obra *England and the need of the Nation State* (London: Civitas, 2012), reedición y reelaboración de *The Need to the Nation* (London: Civitas, 2004) y sucesivas versiones, en particular la del 2006. Las citas textuales son traducciones nuestras de la versión italiana, cotejada con el original en inglés de 2012.

En este libro Scruton afirma que el Estado-nación no debe ser visto como «la Francia revolucionaria de 1789 o la Alemania nazi en su delirio maniáco del siglo XX». Estas eran «naciones enloquecidas, en las cuales las fuentes de la sociedad civil habían sido envenenadas y donde la rabia y el rencor y el miedo habían embebido todo el tejido social». Si Europa estaba amenazada por la Alemania nazi era porque la nación alemana estaba amenazada por sí misma.

«El nacionalismo es un elemento de la condición patológica de la lealtad nacional, no su estado normal». Pero, así de patológico es el actual proyecto de unificación europea, «aséptico y privado de toda raíz nacional, identitaria, que terminó por convertirse en una mera prisión fiscal». Scruton nos recuerda que «el patriotismo republicano de Machiavelli, Montesquieu y Mill, es una forma de lealtad nacional, no una forma patológica como el nacionalismo, sino un amor natural por el país, por los compatriotas y por la cultura que los acomuna». Scruton habla de «*oicofobia*» como sentimiento opuesto a la xenofobia, o sea el repudio de la propia casa y de la propia cultura, «resultado de un particular estado de ánimo que se desarrolló en el mundo occidental a partir de la Segunda Guerra Mundial y que prevalece en las élites intelectuales y políticas». Más aún, «la lealtad de la cual la gente tiene necesidad diariamente es sistemáticamente ridiculizada por Bruselas», «demonizada por la élite mediática» y por el mundo de la educación y de la cultura: «La historia nacional es enseñada como una fábula de vergüenza y decadencia». Ataca a «los burócratas irresponsables de Bruxelles» y a «los jueces de Estrasburgo que se consideran más justos y virtuosos que los otros». Por ello «Europa está atravesando una fase de *repudio*», y esto abre las puertas al fundamentalismo islámico mediante un multiculturalismo enloquecido.

La segunda cuestión analizada por Scruton (siguiendo, como se señaló, al republicanismo de Macchiavelli) es la *relación profunda y fundamental* —hoy día decididamente contraintuitiva— *entre democracia y nación*. Esta hipótesis no deja de ser interesante, hasta cierto punto, novedosa y potencialmente poderosa en términos de capacidad interpretativa de los hechos analizados. Un primer corolario sería que *una democracia* —en términos simples— *sin una idea de nación, es ciega, vacua y carente de destino*. Por ello, «Las democracias deben su existencia a la fidelidad nacional, fidelidad que se

³ Roger Vernon Scruton [27-02-1944], británico. Profesor de estética en Inglaterra y Estados Unidos. Autor de numerosos ensayos referidos a las relaciones entre política, cultura y estética. Periodista, autor de ficciones, compositor, artista, curador, divulgador y polemista de tendencia conservadora es conocido por tratar —y en eso consiste una de sus virtudes más destacadas— temas que frecuentemente el mundo académico deja de lado por resultar incómodos para el sentido común e intereses contemporáneos. No obstante sus reflexiones (a pesar de su originalidad inicial) caen fácilmente en posturas contemporizadoras, más por interés conyuntural que por convicción. El presente libro es un acabado ejemplo del interés por la temática, de su originalidad y de sus numerosas limitaciones, debido como se explica en la presente reseña, a la recaída en esquematismos fáciles y comercialmente convenientes.

supone sea compartida por gobierno y oposición, por todos los partidos políticos y por la totalidad del electorado». En otras palabras, no hay verdadera nación sin democracia; ni democracia sin nación, entendida como un *mínimum* cultural común. Donde y cuando la experiencia de nacionalidad es débil o inexistente, la democracia no logra desarrollarse adecuadamente.

Es inexplicable, entonces según nuestro autor, cómo y porqué el concepto de nacionalidad está continuamente bajo ataque, siendo el que da sentido y razón de ser al concepto mismo de democracia.

Precisamente, es porque la ciudadanía presupone la pertenencia que la nacionalidad se transformó en algo tan importante en el mundo moderno. En una democracia los gobiernos toman decisiones e imponen leyes a los pueblos los cuales tienen la obligación de respetarlas (20)

Más aún:

Democracia significa vivir con extraños en términos que pueden ser, en el breve período, desventajosos; significa estar preparados para combatir batallas y soportar pérdidas por el bien de personas que no se conocen o que no se tiene un particular interés en conocerlas. Significa apropiarse de políticas decididas en el nombre de uno sólo y soportadas como si fuesen «nuestras», aún cuando no se esté de acuerdo con lo que establecen ni con quienes lo decidieron (24).

Es decir, en este punto parecería que el razonamiento del autor cae en un callejón sin salida o, por lo menos, en un cierto *pentimento*, casi como si no quisiese llegar o desarrollar sus conclusiones hasta las últimas consecuencias. En el inicio de su razonamiento postula que una nacionalidad, por abierta que sea, supone necesariamente un sustrato, un mínimo de valores en común. Pero, luego, relativiza este concepto de nacionalidad «clásico», en una deriva imprevista y no explicitada en sus motivaciones, hacia una postura multicultural —que antes había criticado— y sustituye además, imperceptiblemente, el concepto de «republicanismo (maquiavélico)» por el de «democracia»:

Solo donde las personas tienen un sentido fuerte de qué cosa sea un «nosotros», del porqué «nosotros» actuamos colectivamente en esto o en aquello, de este o de este otro modo, o de porqué «nosotros» nos comportamos correctamente en relación a esto o en modo equivocado en relación a aquello, éstas [personas] serán así y sólo así involucradas en las decisiones colectivas, tanto como para adoptarlas [a éstas decisiones] como propias (28).

Es decir, se debería construir o afirmar un «nosotros» en tanto colectivo. No deja de ser curioso que esta observación, proveniente de un conservador liberal como Scruton, coincida, en este punto, con una de las conclusiones centrales del neomarxista Antonio Gramsci ([1975]) quien, en «Literatura y vida nacional» postulaba que la hegemonía alternativa (condición de posibilidad de la revolución cultural) sólo se puede dar cuando se constituye un colectivo imaginario, un ente social e histórico, de valores mínimos que naturalicen esa hegemonía alternativa, no sólo o no tan sólo democrático-política sino cultural, *i.e.* nacional:

Esta primera persona plural es la precondition de las políticas democráticas y debe ser la salvaguardada a toda costa puesto que el precio que se pagaría, perdiéndola, es la disgregación social (34).

La disgregación social que, ya desde Aristóteles, es la causa de la anarquía, que engendra la demagogia y por ende la tiranía:

La nacionalidad no es sólo el tipo de pertenencia social y no es ni siquiera una *ligazón exclusiva* [excluyente]. Sin embargo, es la única forma de pertenencia que hasta ahora se ha demostrado capaz de sostener un proceso democrático y un sistema de leyes liberales (39).

La observación no es de importancia menor, especialmente en el contexto postmoderno de migraciones desenfrenadas, activas, estimuladas, buscadas, pues:

Para demostrar la verdad de esta afirmación y el motivo por el cual es verdadera, se debería parangonar las comunidades definidas como naciones, con aquellas definidas como tribus o como entidades religiosas [¿confesionales o incluso ideológicas?].

Las sociedades tribales se definen mediante una representación de ligazón de estirpe. Los individuos se ven como miembros de una familia extendida y, aún cuando se traten de extraños, este hecho es sólo marginal y puede ser dejado de lado ante el descubrimiento o postulación de un antepasado común y de una común red de parentesco que depende por pertenecer a una misma estirpe. La mentalidad tribal es sintetizable con un proverbio árabe: «Yo y mi hermano contra mi primo; yo y mi primo contra el mundo». Este proverbio resume la experiencia histórica del mundo árabe, musulmán y contiene la explicación de porqué la democracia nunca ha prendido verdaderamente hasta el presente en esos países (44).

El mundo árabe, el que preocupa a la Europa moderna según Scruton, es tribal; esa es la clave del choque de culturas que se manifiesta, antes o después, entre ambas mentalidades. Sin embargo Scruton no advierte que su razonamiento, así expuesto, lo conduce a una contradicción, tal vez irresoluble desde su punto de vista. Pues

Las sociedades tribales tienden a ser jerárquicas, con una relación de responsabilidad que va sólo en una dirección: desde el súbdito hacia el jefe [*i.e.* el único responsable o el responsable final, es el «jefe», el *boss*] y no del jefe al súbdito. La idea de un sistema de leyes imparciales, mantenido vivo justamente por el gobierno al cual está sujeto, no encuentra espacio en el mundo tribal, de la relación por estirpe en el cual, cuando se habla de excluidos —«los extranjeros y los residentes temporáneos»— en las tierras y culturas tribales, son siempre vistos alternativamente como totalmente fuera de la ley («infiel») y/o por ende, totalmente privados de derecho a ser protegidos o protegidos por tratados privados pero no públicos [no por la terceridad del derecho] (52).

Más aún:

Y no es ni siquiera posible esperar que los exluídos puedan ser incluidos nunca jamás, pues lo que los divide de la jerarquía tribal es un incurable defecto o carencia de genético [SIC]. Las ideas tribales sobreviven en el mundo moderno no sólo porque existen lugares en los cuales no han perdido su pregnancia en el imaginario colectivo, sino porque ofrecen aún un fácil llamado a la unidad, un modo de construir fidelidad de frente al derrumbe social (58).

En este punto las tensiones del planteo de Scruton parecen insostenibles. Recordemos que comienza su ensayo afirmando que:

a) la falta de valores comunes, compartidos por las comunidades actuales (especialmente modernas, especialmente occidentales, especialmente, europeas) conduce a una organización social al borde del derrumbe: pasto de la demagogia y de potenciales dictaduras, a su vez, fuente de incontables injusticias.

b) que estas sociedades, estos conglomerados humanos carecen y/o desprecian el concepto de nación.

Luego,

c) se apresura a distinguir «nación» y «nacionalidad» de «nacionalismo», afirmando que esta especie es una forma degenerada o enloquecida del modo de interpretar la nación; y

d) siguiendo la línea del patriotismo republicano de Maquiavelo y otros pensadores de la primera modernidad, postula su hipótesis fundamental, a saber: *que la «nación» y la «nacionalidad» son sinónimos, conforman una ecuación con la «democracia»* entendida no sólo como un modo de representación sino como la construcción de un *mínimum* de valores nacionales, éticos, filosóficos, etcétera.

Además,

e) distingue el concepto de «nacionalidad republicana» del concepto de nacionalidad propio de las «naciones tribales», supuestamente unificadas por el mito de la homogeneidad genética, por lo que inevitablemente confluyen también en otra forma «degenerada» de nacionalidad, la racista.

Así:

«Racismo» es una palabra muy abusada. Una definición precisa de racismo, podría ser ésta: *la tentativa de imponer una idea tribal de pertenencia a una sociedad que ha sido formada diversamente* (60).

Es decir, homogeneizar lo que nació como homogéneo. Pero Scruton comete desde nuestro punto de vista otro abuso terminológico, pues asimila «racismo» a «integrismo», términos que no son, en la teoría y en la práctica, equivalentes. No obstante, insiste:

Los nazis han probado hacer precisamente esto y a su modo lo lograron aniquilando, claro está, los correctos procedimientos políticos y la democracia misma, la cual, les había dado originariamente el poder y, al aniquilar el principio democrático, que los legitimó, se erosionó precisamente su poder (68).

Esta conclusión de Scruton no deja de ser sorprendente o por lo menos reductiva. Se podría alegar que el derrumbe del nazismo fue un proceso mucho más complejo y costoso en términos de dignidad humana que una simple deslegitimación democrática. Fue necesaria una cruenta y larga guerra para aniquilar este nacionalismo exitoso.

Diversa del compartimiento tribal, pero estrechísimamente conectada, es la comunidad basada en un credo religioso: la sociedad en la cual la

pertenencia está basada en la religión. En este caso el criterio de pertenencia no está más ligado a la estirpe sino que está ligado a la adoración y a la obediencia. Aquellos que acepten mis divinidades y las mismas prescripciones divinas están unidas a mí aun cuando sean extrañas. Las comunidades basadas en el credo, como las tribales, extienden sus propias pretensiones de verdad más allá de la vida terrena. Los muertos adquieren privilegios de los que, mediante sus oraciones, las protege. Pero los muertos están presentes en este tipo de ceremonias en términos muy diversos, No tienen más la autoridad de los antepasados tribales, sino que son, en cambio, sujetos de la misma divinidad omnipotente y subsisten a sus recompensas o castigos, poniéndose en condiciones de mayor o menor proximidad respecto al poder dominante. Se congregan en torno al grande ignoto, tal como haremos todos, una vez que estemos liberados de las ataduras terrenas y unidos a y por la fe (78).

Claro que:

La armonía inicial entre los criterios de pertenencia ligados a los de la esfera tribal y a los de credo pueden dar lugar a conflictos, porque las fuerza rivales de amor familiar y de obediencia religiosa ejercitan mucha influencia en las pequeñas comunidades. Este conflicto ha sido uno de los motores de la historia islámica y se encuentran numerosos testimonios en todo el Medio Oriente donde proliferaron [a partir del siglo VIII] comunidades de credo religioso diversas, nacidas de religiones monoteístas formadas en las formas de una experiencia de pertenencia tribal (80).

Se podría alegar que esta última aseveración es harto reductiva y simplificadora, casi esquemática y que cae en una suma de lugares comunes. Sin embargo, en una *concessio* retórica, se podría aceptar como hipótesis de trabajo, a fin de llegar al núcleo duro del *panphlet* de Scruton, para poder entender sus eventuales aciertos pero, también, sus irremediables limitaciones:

Es en oposición con el tipo de pertenencia tribal o de credo que se debe entender la nación (82).

Es decir, insistimos, «nación» no es «tribu» ni «comunidad de credo», la «nación» de Scruton es «laica», «liberal», «de derecho positivo», instaurada voluntarísticamente casi, por aceptación de valores comunes... «democráticos». Es decir, para decirlo crudamente, Scruton entiende que un conglomerado humano que no se identifique con la idea de «nación» no tiene futuro, pero rechaza toda forma de integrismo «espiritual», «familiar» o «religioso» y lo reemplaza por otro integrismo, el «político», es decir el

«democrático». Scruton tiene el derecho (liberal, democrático) de pensar lo que desee pensar, pero igual derecho tenemos nosotros de preguntarnos en qué se diferencia del concepto de nacionalidad «internacionalista» del socialismo (en especial de los bolcheviques) o del «integrismo democrático» de los republicanos norteamericanos posteriores a la caída del Muro de Berlín o del «integrismo postmoderno» de los globalizadores capitalistas o ecologistas. Es decir, podríamos afirmar, anticipando una conclusión operativa, que es prácticamente imposible escapar del concepto abstracto y teórico de «nación» o «nacionalidad», lo único que se puede hacer es postular uno y repudiar los otros según elecciones teóricas y éticas que se nos imponen como indecibles. Repetimos la tesis final de Scruton antes citada, subrayándola:

Es en oposición con el tipo de pertenencia tribal o de credo que se debe entender la nación. Por nación entiendo un pueblo asentado en un determinado territorio, que comparte instituciones, costumbres y un mismo sentido de la historia e incluye aquellos que se consideran a sí mismos como igualmente comprometidos a respetar el propio lugar de residencia y el sistema político y legal que los gobierna (82-3).

A pesar de las reservas señaladas, esta conclusión no deja de ser valiosa. Es lo suficientemente dinámica, lo suficientemente abierta como para ser inclusiva y, a su vez, revalora, «salva», el concepto de nacionalidad no por ideológico sino por operativo. Es cierto que el multiculturalismo postmoderno —a diferencia del moderno— no es un verdadero multiculturalismo —por falta del concepto de nación— sino una simple aniquilación de las unidades nacionales en beneficio de un oscuro internacionalismo que esconde el núcleo de la hegemonía, elide lo no-deconstruible, la reproducción social del mundo-planeta, de un internacionalismo económico, sólo sostenido en el lucro y legitimado, incluso en valores «progresistas».

Posiblemente, por variados motivos, Scruton no llegue a la conclusión que precede, que es de nuestra exclusiva responsabilidad, pero innegablemente está implícita en el texto analizado aún cuando le produzca escozor a nuestro autor, que no quiere dejar de parecer, también él, «moderno» y «progresista» o por lo menos «no reaccionario»:

Los miembros de las tribus se consideran entre ellos como partes de la misma familia; los miembros de las comunidades basadas en un credo religioso se consideran «fieles»; los miembros de una nación se consideran como vecinos de casa. Por lo tanto es vital al sentido de nación la idea de un territorio común en el cual todos residimos y con el cual estamos todos identificados como con nuestra propia casa (88).

Independientemente de la opinión de cada uno de los lectores o la nuestra propia, no podemos dejar de señalar que en esta conclusión, Scruton reduce el

concepto de «nación» a «vecindario» y lo vacía de los valores (que inicialmente consideraba esenciales) a una «buena forma de convivencia», casi como una contracara de lo «políticamente correcto». Y, como arrepintiéndose de esta conclusión tácita que nosotros explicitamos crudamente, intenta remediarlo afirmando que:

Los pueblos que comparten un territorio comparten una historia y pueden también compartir una lengua y una religión. El Estado nacional europeo emergió cuando esta idea de comunidad definida a partir de un lugar es inscrita en un sistema de soberanía y de leyes: en otra palabras, cuando es correspondida por una jurisdicción territorial. El Estado nacional es por tanto el descendiente natural de la monarquía territorial y las dos pueden ser combinadas, y frecuentemente lo han sido, porque el monarca es un símbolo extremadamente apropiado de la naturaleza transgeneracional de los vínculos que nos mantienen unidos a nuestro país (92).

El intento de Scruton no deja de ser válido, no tanto por sus conclusiones que a veces pecan de tibias, sino porque son un interesante punto de partida para repensar un tema que por actual, no es menos cierto que sea casi un tabú inabordable del pensamiento único posmoderno, el cual, supuestamente, habría descartado y superado todos y cada uno de los tabúes del remoto y reciente pasado «represivo» y «regresivo». 📖

(H.R.M.)

Scruton Roger
The Need for Nations
London: Civitas
2004

England and the need of the Nation State
London: Civitas
2012

(Traducción al italiano:
Il bisogno di nazione
Firenze: Le Lettere,
2012)

INDICE:

Prefazione, di Francesco Perfetti

Il bisogno di Nazione - Introduzione

1. Cittadinanza
2. Appartenenza e nazionalità
3. Nazioni e nazionalismo
4. La Gran Bretagna e le nazioni che la compongono
5. I pregi dello Stato nazionale
6. Universalismo panglossiano
7. Oicofobia
8. Il nuovo ordine mondiale
9. Minacce alla nazione
10. Superare le minacce

